

Tonterías

Tomás Carrasquilla

Uno de los mayores específicos para la peste de la vida; el que se presta a más fases, más variantes y más combinaciones; el que puede usarse por todo el mundo, en infinidad de envases y presentaciones, es la vanidad.

¡La vanidad! ¿Una cosa sin fondo, sin sustancia, que se sostiene en el aire, que se alimenta de sueños, que propiamente no es nada? Sí, señor: ¡la vanidad! Querrá decir, entonces, que la nada presta grandes, enormísimos servicios; querrá decir que el hombre, a semejanza de su Creador, saca de la nada, si no seres reales y efectivos, fantasmas y simulacros que lo consuelan en la vida.

Cuando el mismo Supremo Hacedor puso esta levadura en este amasijo que llamó hombre, bien sabía que sin ella no le esponjaría el pan de sus satisfacciones y ufanías; que con ella no trascenderían tantas cosas y acciones que el mundo iluso habría de tener por grandes y por sublimes.

El mundo cifra en la vanidad su mejor guía: es la estrella que lo encamina hacia el Belén de sus anhelos; no a adorar, precisamente, al Dios recién nacido, sino a tocar gaita y pandereta con los pastores candorosos; porque el mundo, tan malicioso y pecador, lleva en medio de sus maldades y atrocidades un grano incorruptible de inocencia. Su misma vanidad lo prueba; lo prueba el jugar siempre a muñecas y a soldados, en esta su infancia vitalicia.

El mundo no admite en el tesoro de sus vanidades sino moneda de altísimo quilate. Por eso execra y aturulla a los vanidosos de baja ley; a tantos imprudentes que dejan ver el cobre a las primeras de cambio; que no saben explotar este filón, con el disimulo, la hipocresía y el pudor que requiere la altísima misión de producir deslumbramientos o tan siquiera relumbrones.

Saber ser vanidoso, con los sortilegios y prestigios de esta magia social, ha menester mucho estudio. Por fortuna, es un estudio

harto grato hasta a los corazones más sencillos.

* * *

Personas mayores, de mucho seso y categoría, se quejan con frecuencia de lo mal educada de la juventud actual.

Se me figura que exageran un tantico. No creo que esté peor educada que lo fuera la juventud de medio siglo acá: está educada según la época actual. Otros vientos y otras ideas dominan hoy al mundo, y hasta estos rincones medio ignotos nos llegan sus resonancias.

El ideal del dinero, que es el supremo, aquí lo persigue la juventud entera, ya por la ciencia, ya por el comercio, ya por la industria. El del hogar no lo descuida: se casan por tandas, mes por mes, y la mayoría de los matrimonios resulta corriente y moliente. El mismo ideal religioso no le va en zaga. Díganlo, si no, los ejercicios espirituales, las muchas prácticas y cofradías piadosas.

¿Que esta juventud se disipa y derrocha en devaneos ilícitos? Se les olvida la historia a estos señores graves. ¿Cuándo fue la mocedad seria, recogida y guardosa? Y, sobre todo, junto a las mugres del alma están los lavaderos de la Gracia.

¿Que no se reconoce, como antes, la potestad paterna ni la magistral?

Ciertamente: en estos particulares se ha evolucionado; pero hacia adelante. Ya la letra entra sin sangre; ya la tradición calderoniana de los padres se ha perdido: estos papás de ogaño aspiran a que sus hijos les quieran y les respeten, sin temores ni sobresaltos; aspiran a ver en ellos amigos más que sometidos.

Ni maestros ni padres educan demasiado: a éstos les ciega el cariño y no ven qué corregir en sus educandos; aquéllos no tienen, en su misión, el interés de la sangre, y, desde que no sean directores especiales de una familia, mal pueden cultivar, según el carácter de cada cual, discípulo por discípulo. Ya lo probó el padre Luis J. Muñoz en su luminoso tratado “Escollos de la educación”.

¿Quién educa, entonces? Uno mismo. El que sea educable se forma y se pule a sí mismo con el trasegar de la vida, tal como la pedrezuela que ha rodado.

Se quejan, también, de que no hay ahora maneras distinguidas ni cortesés. Es natural: en estos tiempos igualitarios y niveladores son anacrónicas las etiquetas jerárquicas. El mismo protocolo social ha cambiado, como todo. Sin contar que el antioqueño sólo ve elegancia en lo llano y espontáneo. “Pinchamiento” se llama, por acá, a lo estudiado y aprendido.

Pero la queja mayor es que esta gente de ahora no tiene corazón. Cierto. El corazón escasea. Mas, ¿cómo exigirlo en esta época de positivismo materiales? En el reinado de Sancho Panza caben las duquesas alocadas, caben Maritornes y Altisidoras, caben todos los follones y todos los mandrines; pero nunca cabrá Dulcinea, ni mucho menos Don Quijote.

El corazón sería, en la actualidad, un grande estorbo.

* * *

¡El buen trato! ¿En qué consistirá esta quisicosa tan decantada? ¡Vaya usted a saberlo!

Quiénes la cifran en posturas y actitudes; quiénes en las voces moduladas y arrulladoras; éstos en saber hablar, aquéllos en saber atender; los unos en la verba afluyente y kilométrica; los otros en locuciones aparatosas, de ésas que llaman “conversaciones instructivas”; los de acá en lo serio y pulido, los de allá en la llaneza y en las bromas. En fin, que “el buen trato” puede ser cualquier cosa hablada, accionada o gesticulada, y que, como se entiende de tantos y tan diversos modos, cualquier chisgarabís puede tener un trato tan bueno como el mejor.

Mas, por complejo y confuso que el asunto sea, tendrán de caberle, como a todo, normas generales o aproximadas.

Desde luego que todo trato supone dos partes, en que ambas han de ganar, aunque no sea por igual porción. Así es que en el trato social, en este cambio de ideas o de lo que sea, aquel que todo se lo habla sin dejarles ni un turno a los demás, aquel que todo lo comunica, sin que nadie pueda transmitirle cosa alguna, no cumple la táctica estipulación de la sociedad: es un ventajoso, un malostratos, un expoliador con quien no puede negociarse como es debido. Podrá ser, eso sí, un orador, un conferencista; mas las arengas y las clases son cosas muy aparte de estos comercios al por menor, en tertulias y visitas.

Desde luego que aquel que no guarda las reglas generales de urbanidad carece de buen trato, aunque tenga mucho que decir, mucho que expresar, mucho que comunicar.

Buen trato, es decir, el trato corriente y moliente, pueden tenerlo, y lo tienen de seguro, infinidad de gentes: basta para ello un ápice de discreción; basta tener, o aparentar siquiera, alguna nobleza de sentimientos; basta unas miajas de benevolencia; basta una actitud amable e insinuante.

Mas lo que es el gran trato; el don de agradar y sugerir por la conversación y los modales, debe ser cosa muy rara en el comercio de ideas y sensaciones. Requiere alteza de alma, corazón, cerebro, nociones; requiere facultades de adaptación, buen gusto, sentido de oportunidad, aticismo, chispa, agilidad mental; requiere expresión adecuada, buena voz y mejores inflexiones; y, más que todo eso, educación, mucha educación; no esa educación que va de afuera para adentro, sino la que viene de adentro para afuera. Es esa la educación de verdad, porque muestra el cultivo interior, el alma de quien habla.

En fin: el trato social, como el Arte, “es la vida a través de un temperamento”.

Y nosotros, los de la montonera, conformémonos con no molestar demasiado cuando conversamos en sociedad.

Glosario

- 1 Aturullar: confundir, turbar.
- 2 Corriente y moliente: llana, usual y cumplida.
- 3 Ogaño: hogaño, en esta época, a diferencia de antaño.
- 4 Chisgarabís: mequetrefe, persona entremetida y bullosa.
- 5 Aticismo: por extensión, elegancia, delicadeza y gusto.

Fuente: Diccionario de la Real Academia Española, vigésimo segunda edición.

Tomás Carrasquilla (Santodomingo-Antioquia, 1858-Medellín-Antioquia, 1940). Fragmentos extractados de “Tonterías”, ensayo publicado en Obras completas (Medellín, Editorial Bedout, 1958, pp. 745-746; 749-750).